

lo dijo Manuel Rojas. Personalmente yo he vivido largo a largo ese país y no por turismo literario. ¡Dios me libre! Sino por locura y, ya de niño, me fui a morar para siempre a cada uno de sus párrafos geológicos y geográficos, de norte a sur. Pero no soy eso que dicen un poeta láríco o telúrico sino más bien un poeta genealógico de mundanidad, que cree en la doble parentela: la sanguínea y la imaginaria. Así, por ejemplo, si el minero del carbón don Juan Antonio Rojas me engendró en plena juventud en la ventolera seminal de los ocho hijos al cierre de la primera guerra, también me engendró Vallejo y, ¿por qué no? Quevedo.

¿Qué se espera de la Poesía sino que haga más vivo el vivir? ¿No sería mejor si en lugar de hilar un hilo académico de urdimbre coherente, como esos discursos al uso, entrara en el desvarío que es algo así como el auto-aceitamiento de mi seso o más bien un agua amniótica que no se me ha secado nunca?, y si me pongo a dar vueltas y vueltas como en la madre, ¿qué pasaría entonces?, y ¿y se me da por *difariar* como los arrieros en las cumbres, y me da por hablar solo como hago cuando no me oye nadie entre las rosas, a lo largo de esos setenta metros de nadie que es esa casa mía de Chillán de Chile? Dos animales literarios por portento especial me deslumbraron en el siglo que pasó –anarcas y mágicos a la vez hasta las médulas desolladas, como hubiera dicho *Quevedo* (sin esdrújula)–, dos esquizos prodigiosos que hablaban solos y no era cosa de niños ni de viejos. Ezra Pound, que hablaba solo; Borges, que hablaba solo, Roberto Matta, que sigue hablando solo. Lo incluyo a Matta en la dinastía porque ése sí es un poeta pura sangre como Juan Rulfo aunque ninguno de los dos haya escrito nunca en verso. ¡Ese Matta transgresor –roto y pije a la vez, fino y rajado–: un verdadero rey libérrimo en este plazo del consumismo menesteroso y la fanfarria tecnoláctrica, que sigue dándole buen oxígeno a la especie! En cuando a Pound, «galimatías y esplendor», como lo juzgó alguna vez Octavio Paz, nacido en Idaho donde dicen que crecen las mejores patatas del planeta (potato se dice allá), en cuanto a ese clásico único apaleado por loco en nuestro plazo, cuyos Cantares todavía serán leídos más allá del siglo veinticuatro, a ese tal lo vi o lo intraví en Venecia del 99 bajo la llovizna en la prisa del cimiterio de San Michele a medio cerrar porque ya iban a ser las 4 y el vaporetto 52 que sale de San Marcos no espera. Ahí alcancé a poner al acostado bajo el mármol alguna rosa y alguna lágrima –¿por qué no?– y a decirle «Arrivederci. Miglior Fabro: nos vemos».

T. S. Eliot acertó cuando le puso así en la dedicatoria de su *Waste Land* (Tierra Baldía): «Al miglior fabbro». Al mejor hacedor. Ahí quedó durmiendo el ocioso, al arrullo del tableteo de las aguas.

A Borges, en cambio, lo vi en pie, bastón en mano, en Harvard el '81, pero él naturalmente no me vio. Todavía está ahí ¿Será el único que no se nos ha muerto nunca? Algo hay en él de resurrecto incesante, como en Huidobro o todavía más en Vallejo, quien es el que más me es en el rigor del abolengo de los progenitores inmediatos de la centuria.

Siempre hablando de Borges, lo de los cien años es cosa peregrina, ¿quién no cumple cien años? Además, qué importan las efemérides engañosas. El tipo está joven y el Aleph está escrito en ese texto genial, como le pasó a Neruda con su *Residencia en la Tierra*. Lo que fascina a la gente es el renombre y el estruendo de los premios, pero nada más escaso que el ojo de leer. ¿Y Matta? Bueno, él es para mí el relámpago y parece gobernarlo todo con su invención: lo visible y mucho de lo invisible. No sólo es ojo sino galaxia distinta, parto de mundo, alguien que de veras ve de día a las estrellas, un alumbrado en fin. Y además, qué modo de silabear el mundo, de vislumbrar el caos primigenio, y cuánto amor por el hombre entero que algún día vendrá después del descuartizado que somos. Si «el hombre es un Dios cuando sueña y un mendigo cuando piensa», él desazona con máxima espontaneidad comparable a la del sol, desde el momento que el sol es la única semilla. Matta es de aquí y de todas partes por su natural transparencia, aunque resida etruscamente allá en Tarquinia. O en Viterbo. Siempre pensé que es el tábano mayor del surrealismo en cuanto nos exige estar despiertos con los cuarenta mil sentidos. Hace algún tiempo leí un extenso informe sobre la peripecia de *Mandrágora* allá por el 1938, que no pasó de ser un ejercicio más bien libresco del pensamiento de Breton en el país. Yo mismo anduve en eso a los 20 años y ya a los diez minutos me sobrevino el hastío de lo hechizo y lo postizo y salí disparado en busca de aire como quien cambia casa habitada por deshabitada y fui a parar a las cumbres de Atacama. La cosa estaba ahí, con la imaginación y el léxico portentoso de los mineros ignaros y no en los días sedentarios de la Biblioteca Nacional ni en los cafetines literarios de mala muerte. El Mapocho no daba para Sena. Lo distinto es distinto. De eso hablé largo muchos años después con Alejo Carpentier, quien tuvo una experiencia semejante y escribió *Los pasos perdidos*. La transfusión del grupo surrealista parisino la hicieron mucho mejor en Lima un Emilio Adolfo von Westphalen, un César Moro, un Jorge Eduardo Eielson, más lozanos y austeros que los engreídos de la Fuerte Iris y desde luego, el gran Aldo Pellegrini de Buenos Aires, médico psiquiatra y poeta como el mismo Breton, un verdadero adelantado que fundó —ya en 1928— la revista *Que* sin olvidar el equipo de México que incluyó por cierto a Octavio Paz.

Pero eso no lo dicen los comunicadores mal informados. Ni lo saben. No insistir en que el surrealismo genuino fue una «peste sagrada» del siglo XX una peste por demás saludable en el plazo de entreguerras (1918-1938) l'imagination, l'amour fou et la liberté, y el único surrealista fue Roberto Matta.

A otra cosa. Ya estarán viendo mis oyentes que les voy hablando de todo al desgaire. Lo cierto es que no vine como docto –de eso hay de sobra– sino acaso como un barbarofonón, un aprendiz de poeta, si es lo que soy. Así fue como me aceptaron que viniera. Di lo que quieras, la Academia es tuya por esta vez. Claro que aquí esta vez pude haber sido fiel a la pauta de las lecciones magistrales como lo hice tantas veces en más de medio siglo de enseñar teoría literaria, pero preferí el zumbido. Por supuesto que no hay cátedra de zumbido aunque debería haberla, pienso yo. Para oír y reoír por dentro el largo parentesco entre las cosas, pues cuanto parece caos y dispersión es red y todo es cosa de pactar con el asombro, como los niños. Es lo que intentamos los aprendices del abismo, físicos o poetas, porque la cosa es entre todos. La imaginación es la misma y acaso todo puede llegar a ser *uno*. Dicen que, ya al nacer, este siglo se va, que el milenio se va. ¿Cuál milenio, cuál siglo de la era de qué? Pregúntenle a las piedras. Porque parece abuso eso de las tijeras arbitrarias para cortar el tiempo, ¿de dónde vino la certidumbre? Para la risa tanto calendario. Por otra parte nadie es profeta en su tierra y se acabaron los Nostradamus, pero ¿cómo irá a ser la nueva ventolera, de este milenio al otro? Miren, por ejemplo, lo que piensa el Stephen Hawking que anduvo por aquí hace algún tiempo. Tres cosas es lo que piensa: 1. que, en menos de 100 años, la manipulación genética dará vida a seres humanos de constitución acaso impensable; 2. que las computadoras progresarán hasta alcanzar la misma complejidad de las mentes humanas, y 3. que para que haya germinación humana no será necesario el sexo; ni el esperma ni el útero. Es como para creer que hasta la madre está en discusión. Utopía y más utopía. Yo escribí una cuando anduve en la Antártida, dedicada a Huidobro, el poeta más joven que nos haya nacido por aquí. Se llama «Carta a Huidobro», pero es una carta a la utopía desde la eternidad de los hielos donde no se cronometran nuestros míseros siglos. Leo de una vez sin comentarios:

«Carta a Huidobro»

1. Poca confianza en el XXI, en todo caso algo pasará,
morirán otra vez los hombres, nacerá alguno
del que nadie sabe nada, otra física
en material de soldadura hará más próxima la imantación de la Tierra
de suerte que el ojo ganará en prodigio y el viaje mismo será vuelo

mental, no habrá estaciones, con sólo abrir
 la llave del verano por ejemplo nos bañaremos
 en el sol, las muchachas
 perdurarán bellísimas esos nueve meses por obra y gracia
 de las galaxias y otros nueve
 por añadidura después del parto merced
 al crecimiento de los alerces de antes del Mundo, así
 las mareas estremecidas bailarán airosas otro
 plazo, otro ritmo sanguíneo más fresco, lo que por contradanza hará
 que el hombre entre su humus de una vez y sea
 más humilde, más
 terrestre.

2. Ah, y otra cosa sin vaticinio, poco a poco envejecerán
 las máquinas de la Realidad, no habrá drogas
 ni películas míseras ni periódicos arcaicos ni
 –disipación y estruendo– mercaderes del aplauso ignominioso, todo eso
 envejecerá en la apuesta
 de la creación, el ojo
 volverá a ser ojo, el tacto
 tacto, la nariz
 éter de Eternidad en el descubrimiento incesante, el fornicio
 nos hará libres, no
 pensaremos en inglés como dijo Darío, leeremos
 otra vez a los griegos, volverá a hablarse etrusco
 en todas las playas del Mundo, a la altura de la cuarta
 década se unirán los continentes
 de modo que entrará en nosotros la Antártida con toda su fascinación
 de mariposa de turquesa, siete trenes
 pasarán bajo ella en múltiples direcciones a una velocidad desconocida.

3. Hasta donde alcanzamos a ver Jesucristo no vendrá
 en la fecha, pájaros
 de aluminio invisible reemplazarán a los aviones, ya al cierre
 del XXI prevalecerá lo instantáneo, no seremos
 testigos de la mudanza, dormiremos
 progenitores en el polvo con nuestras madres
 que nos hicieron mortales, desde allí
 celebraremos el proyecto de durar, parar el sol,
 ser –como los divinos– de repente.